

hoy de anticiparme la muerte para llegar á la vida eternamente gloriosa?»

Me valdré aquí de la sencilla relacion, que aquel buen padre hizo de estos sucesos en la parte que á él tocaron. Es esta:

«El señor de Thou viéndome á sulado en la sala de la audiencia, me abrazó y me dijo, que le habian condenado á muerte y que era preciso aprovechar el tiempo que le quedaba de vida rogando no me separase de él y le acompañase hasta el fin. Me dijo bajo:

— «Padre mio, desde que han pronunciado mi sentencia estoy mas contento y tranquilo que antes. La incertidumbre y la parsimonia de este negocio me ponía en una ansiedad é inquietud terrible. Ahora no quiero pensar mas en las cosas de este mundo sino en disponerme á la muerte. No tengo odio ni rencor contra nadie. Mis jueces me han juzgado como gente honrada y equitativamente segun las leyes: Dios ha querido servirse de ellos para llevarme á su Paraiso, y ha querido que muera en este tiempo en el que por su bondad y su misericordia creo hallarme dispuesto á la muerte. Nada puedo por mí mismo: esta constancia y este poco de valor me prueban su gracia.

«Entonces se puso á hacer actos de amor de Dios y contrición y arrepentimiento de sus pecados y muchas oraciones jaculatorias. Es preciso notar aquí que durante los tres primeros meses de su prision se habia dispuesto á la muerte con la frecuencia de sacramentos, con la oracion, meditacion y consideracion de los misterios divinos; ademas dedicaba muchos ratos á la lectura de los libros de devocion, particularmente el libro de Belarmino sobre los salmos y el del *Arte bene moriendi* del mismo autor. Escogia durante este tiempo algunos versículos de los salmos para hacer sus oraciones jaculatorias y me decía que entendía y penetraba mucho mejor y con mas sentimiento, en aquellas circunstancias, las sentencias de la Sagrada Escritura que antes.

«Saludaba á todos los que veía en la sala en que estábamos, recomendándose á sus oraciones, manifestándoles que moría contento, y que los jueces habian juzgado rectamente y con arreglo á las formas de la ley. Viendo acercarse al señor Lauvaremout que habia sido el relator de la causa, fué á su encuentro, le abrazó y le dió gracias de su juicio, diciéndole: «me habeis juzgado como hombre de bien;» y esto con tanta ternura que arrancó un torrente de lágrimas no solo de los ojos de los asistentes y de los guardias sino aun del mismo relator que lloraba ardentemente al abrazarle.

«Un hombre enviado de parte de Mad. Pontac, su hermana, vino á despedirse de él. El señor de Thou, creyendo que era el verdugo corrió y le abrazó diciéndole: «¿eres tú el que debe enviarme al cielo?»

«Pero habiéndole advertido que era un hom-

bre enviado de parte de su hermana, le dijo:

— «Amigo mio, te pido perdon; hace tanto tiempo que no te habia visto, que te desconocía. Di á mi hermana que la ruego me tenga presente en sus devociones como lo ha hecho hasta ahora: que conozco al presente mas que nunca, que este mundo no es mas que mentira, ilusion y vanidad; que muero contento y como buen cristiano; que ruegue á Dios por mí y no me compadezca, pues espero encontrar mi salvacion en mi muerte. Adios.

«Aquel hombre se retiró sin poder pronunciar ni una sola palabra: en cuanto á él sentía un valor y una fuerza tan extraordinaria para sufrir la muerte que temia hubiese algo de vanidad; y volviéndose á mí me dijo:

— «Padre mio, ¿habrá vanidad en esto? Dios mio, reconozco ante vuestra divinidad, que yo no puedo nada, que toda la fuerza me viene de tal modo de vuestra bondad y divina misericordia que si me abandonaseis desfallecería.

«De cuando en cuando preguntaba si se aproximaba la hora de marchar al suplicio: rogaba que le avisasen cuando viniese el verdugo para abrazarle; empero no le vió sino sobre el cadalso.

«Sobre las tres de la tarde, cuatro compañías de la milicia de Lion, en número de cerca de mil doscientos hombres, se colocaron en medio de la plaza de Terreaux formando un cuadro de cerca de ochenta pasos de cada lado en el cual no dejaban penetrar á nadie mas que los que era preciso para la ejecucion.

«En medio de aquel espacio se levantó un cadalso de siete pies de alto sobre nueve cuadrados, en medio del que, y un poco hacia adelante, se alzaba un poste de otros tres pies, delante del que se puso un tajo como de un medio pie, de modo que la cara principal, ó el frente del cadalso mirase hacia el lado de la plaza que daba al Saona, donde se habia puesto el cadalso. Todas las casas de la plaza, todas las ventanas, paredes, tejados, todas las alturas desde donde se podía dominar el patibulo, se hallaban cargadas de personas de todas clases, de todas condiciones, edades y sexos.

«A las cinco de la tarde dos oficiales de justicia suplicaron al compañero del P. Malavete que le advirtiese que era tiempo de echar á andar. El señor de Cinq-Mars viendo al lego que hablaba al oído á su confesor se penetró bien de lo que sería.

— «Nos dan prisa, dijo: es preciso irnos.

«Sin embargo, un oficial le habló algun tiempo en su cuarto, del que al salir su ayuda de cámara, que le habia servido desde Montpellier, se presentó pidiéndole alguna recompensa á sus servicios.

— «Nada tengo, le dijo: todo lo he dado.

«Desde allí se dirigió á donde se hallaba el señor de Thou.

«Este, al verle, exclamó:

Letatus sum in his quæ dictæ sunt mihi, in domum Domini ibimus.

«Despues se abrazaron y echaron á andar.

«Marchaba el primero Cinq-Mars teniendo cogida la mano del P. Malavete hasta la escalera, donde saludó con tan buena gracia y afabilidad á todo el pueblo que arrancó lágrimas de los ojos de todos; él solo permaneció firme, sin conmovirse, y conservó aquella firmeza de espíritu por todo el camino, tanto, que habiendo sorprendido en su confesor un movimiento de ternura á vista de las lágrimas de algunas personas

— «¿Qué quiere decir esto, Padre mio? dijo, ¿teneis mas sentimiento por mí que yo mismo?»

«El señor Thomé, preboste de Lion, con los arqueros de ropa corta y el gefe de policia con su compañía, tuvieron órden de conducirlos al suplicio.

«Sobre las escaleras del palacio Thou, al ver un coche que los aguardaba, dijo á Cinq-Mars:

— «¿Qué, pues, nos llevan en coche? ¿se va así al paraiso? Yo me esperaba que me amarrasen y arrastrasen en una carreta; estos caballeros nos tratan con mucha cortesía en no atarnos y llevarnos en coche.

«Al entrar en él, dijo á los soldados que le rodeaban:

— «¡Ya veis, amigos, cómo nos llevan en coche al paraiso!»

«Cinq-Mars iba vestido con paño de Holanda muy oscuro, cubierto de encage de oro de ancho de dos dedos, sombrero negro con el ala vuelta á la catalana; medias de seda verdes y por encima una media blanca con encages, y capa de escarlata.

«Thou iba vestido con un traje de luto de paño español con capa corta.

«Los dos se colocaron en la testera del coche; Thou á la derecha de Cinq-Mars, y llevando á cada portezuela dos jesuitas, á saber, los dos confesores y sus legos: delante no iba nadie.

«El verdugo seguía á pie y era un mozo de cordel que llaman en Lion *ganapanes*, hombre de edad, mal carado, vestido como un jornalero ó peon de albañil, y jamás habia hecho ejecucion alguna sino unicamente dar tormento, y del que fué preciso servirse porque no habia otro verdugo; el de Lion se habia roto una pierna.

«En el coche recitaron con sus confesores las letanias de Ntra. Sra., el *Miserere* y otras oraciones y jaculatorias. Hicieron muchos actos de contrición y de amor de Dios hablando de lo extraordinario de la constancia de los mártires y de los tormentos que habian padecido. Saludaban muy cortesmente de tiempo en tiempo al pueblo que llenaba las calles por donde pasaban.

«Algun tiempo despues el señor de Thou dijo al señor de Cinq-Mars:

— «Caballero, me parece que debeis tener mas pesar que yo en morir: sois mas jóven, y érais mas grande en el mundo: teneis mayores esperanzas, érais el favorito del gran rey: pero os aseguro, sin embargo, que no debeis echar de menos todo esto que no es mas que viento; porque seguramente nos hubiéramos perdido, nos hubiéramos condenado y Dios nos quiere salvar. Tengo vuestra muerte por una prueba innegable de nuestra predestinacion, por lo que debemos estar mas agradecidos á Dios que si nos hubiese dado todos los bienes y felicidades del mundo: nunca podremos darle bastantes gracias por esto.

«Estas palabras conmovieron á Cinq-Mars hasta el estremo de hacerle derramar lágrimas.

«Preguntaba de tiempo en tiempo si estaban aun lejos del cadalso, de lo que el P. Malavete tomó ocasion para preguntar al señor de Cinq-Mars si no temía á la muerte.

— «Nada, padre mio, respondió: casi me admira el ver que no la temo. ¡Ay! no temo mas que mis pecados.

«Este temor se habia apoderado de él despues de haber hecho su confesion general.

«Al aproximarse á la plaza de Terreaux, el P. Mambun advirtió al señor de Thou que se acordase en el cadalso de ganar las indulgencias por medio de una medalla que le habian dado diciendo tres veces: ¡Jesus!»

«Cuando Cinq-Mars oyó esto, dijo á Thou: — «Pues que yo debo morir el primero dame vuestra medalla para unirla á las mias para que me sirva tambien á mí: despues os la entregarán.

«En seguida entablaron una disputa sobre cual de ellos moriria el primero.

«El señor de Cinq-Mars decía que le correspondía á él como mas culpable y el primero juzgado, añadiendo que sería hacerle morir dos veces si muriese el último. El señor de Thou reclamaba el mismo derecho como de mas edad: el P. Malavete tomó la palabra y dijo á Thou:

— «Es verdad, caballero, que sois el mas anciano y el mas generoso.

«Lo que habiéndole confirmado el señor Cinq-Mars

— «Bien, caballeros, replicó el señor de Thou; quereis abrirme el camino de la gloria.

— «¡Ah! dijo el señor Cinq-Mars, os he abierto el precipicio; empero precipitémonos en la muerte para resucitar en la vida eterna.

«El padre Malavete terminó la disputa en favor de Cinq-Mars, juzgando que era mas propio que muriese primero.

«Próximos al cadalso, se notó que el señor de Thou se habia bajado, y á su vista estendió los brazos, despues dió una palmada con viveza y con rostro alegre cual si se hubiese regocijado á aquel aspecto, y dijo el señor de Cinq-Mars:

—«¡Caballero, desde aquí es desde donde debemos marchar al Paraíso! y volviéndose á su confesor: Padre mio; ¿es posible que una criatura tan miserable como yo deba tomar hoy posesion de una eterna bienaventuranza?»

«El coche se detuvo al pie del cadalso. El preboste vino á decir á Cinq-Mars que á él le tocaba subir el primero: dijo adios al señor de Thou y se despidieron con grande afecto diciendo que volverian á verse muy pronto en el otro mundo en donde eternamente estarian unidos con Dios.

«Así bajó Cinq-Mars del coche y se presentó con la cabeza levantada y rostro alegre. Uno de los arqueros del preboste, se presentó para cogerle su capa diciendo que le correspondia á él. Su confesor se lo impidió y preguntó al señor preboste si los arqueros tenian aquel derecho: habiendo dicho que no, el Padre dijo á Cinq-Mars que dispusiese de su capa como mejor le pareciese. Entonces se la dió al jesuita que acompañaba al confesor, diciendo que se la regalaba para que hiciese rogar á Dios por él.

«Después de los tres toques ordinarios de la trompeta, Pallerne, escribano criminal de Lion, á caballo, cerca del cadalso, leyó su sentencia, que ni uno ni otro escucharon.

«En el entretanto echaron la cortinilla á la portezuela del coche que miraba al cadalso á fin de evitar la vista al señor de Thou que permaneci6 en el coche con su confesor y su lego.

«Habiendo saludado el señor de Cinq-Mars á los que se hallaban cerca del cadalso, se puso su sombrero y subió alegremente la escalera. Al segundo escalon, un arquero del preboste adelantó su mano y le quitó por detras su sombrero de la cabeza: entonces se paró y volviéndose, dijo:

—«Dejadme mi sombrero:

«El preboste que estaba al lado se incomodó contra su arquero y le hizo volver á poner el sombrero en la cabeza, el que Cinq-Mars se arregló bien, y después concluyó de subir la escalera animosamente.

«Dió una vuelta sobre el cadalso como si diese un paseo elegantemente sobre un teatro; después se detuvo y saludó á todos los que podia ver con rostro risueño: volviéndose á poner el sombrero, se puso en una postura elegante adelantando un pie y poniéndose la mano en la cadera: consideró á aquella inmensa concurrencia con rostro tranquilo, en el que no se veia ninguna pena ni miedo, y dió todavía dos ó tres pasos.

«Habiendo subido su confesor, le saludó arrojando su sombrero delante de él sobre el cadalso: abrazó estrechamente al Padre, que durante este abrazo le exhortó en voz baja á que hiciese algun acto de amor de Dios, lo que verificó con grande ardor.

«Después se puso de rodillas á los pies del confesor, que le dió la última absolucion; la

que recibida con humildad, se levantó y fué á ponerse de rodillas sobre el tajo y preguntó:

—«¿Es aquí, padre mio, donde necesito ponerme?»

«Y habiéndole dicho que sí, ensayó su cuello aplicándole sobre el tajo; mas volviéndose á poner de pie preguntó si era preciso quitarle su ropilla, y como le dijese que sí, se puso á desnudarse y dijo:

—«Os ruego, Padre mio, que me ayudeis.

«Entonces el Padre y su lego le ayudaron á desnudarse y quitarse su ropilla. Conservó sus guantes que el ejecutor le quitó después de muerto.

El verdugo se acercó con tijeras y Cinq-Mars se las quitó de la mano, le dijo que no le tocase, y dirigiéndose al Padre, le dijo presentándosele:

—«Padre mio, os suplico que me hagais este último favor, cortadme mis cabellos.

«El Padre se las dió á su lego para que se los cortase, lo que hizo. Mientras, miraba dulcemente á los que estaban inmediatos al cadalso, le dijo al lego:

—«Cortádmelos bien, os lo suplico.

«Después levantando los ojos al cielo, dijo:

—«¡Ah! ¡Dios mio! ¿qué es este mundo?»

«Cuando concluyó el lego de cortar los cabellos, se echó las manos á la cabeza como para arreglarse los que le quedaban: habiéndose adelantado el verdugo hácia él, le hizo señas con la mano de que se retirase, y se lo pidió dos ó tres veces: tomó el crucifijo y lo besó, y se dirigió al tajo, que abrazó: viendo debajo y delante de él á un hombre que era criado del gran maestro, le saludó y le dijo:

—«Os suplico que digais á vuestro amo que soy siempre su mas humilde servidor.

«Se detuvo un poco y añadió:

—«Decidle que le suplico me haga encomendar á Dios.

«Estas son sus propias palabras:

«Entonces el verdugo vino por detrás con sus tijeras para descoserle el cuello de la camisa. Habiéndolo así hecho, se lo quitó: le abrió la camisa por detrás para mejor descubrir el cuello, teniendo las manos juntas sobre el tajo que le servia como de un reclinatorio, y se puso en oracion.

«Le presentaron el crucifijo, que tomó con la mano derecha teniendo abrazado el tajo con la izquierda; lo besó, lo devolvió y pidió sus medallas al lego de su confesor, las que besó, y dijo tres veces, ¡Jesús! las devolvió y dirigiéndose apresuradamente al verdugo, que se hallaba de pie y aun no habia sacado su bacha de un mal saco en que la habia traído, le dijo:

—«¿Qué haces? ¿qué aguardas?»

«Habiéndose retirado su confesor á la escalera del cadalso, le llamó y le dijo:

—«Padre mio, ayudadme á reconciliarme y rogar á Dios.

«Se aproximó á él, se arrodilló y recitó con grande devocion el *Salve Regina* con una voz inteligible, sin vacilar, dando todo el sentido á sus hermosas palabras y particularmente á estas:

Et Jesum benedictum fructum ventris tui nobis, post hoc exilium ostende,

y lo demas; y bajaba y alzaba los ojos al cielo con tal devocion y de un modo que partia las entrañas. Después el confesor rogó por su parte á los que se hallaban presentes que rezasen un Padre nuestro y una Ave Maria.

«Entretanto el verdugo sacó de su saco una cuchilla que era como la de los carniceros; pero mas gruesa y mas cuadrada. En fin, habiendo levantado con gran resolucion los ojos al cielo, dijo:

—«¡Vamos á morir! ¡Dios mio, tened compasion de mí!

«Después, con una admirable serenidad, sin haberse vendado los ojos, colocó con mucho cuidado su cuello sobre el tajo, teniendo el rostro vuelto hácia el frente del cadalso. Abrazado fuertemente con sus dos brazos el tajo, cerró los ojos y la boca, y aguardó el golpe que el verdugo le dió con bastante lentitud y pesadez, habiéndose colocado á la izquierda y cogiendo la cuchilla con las dos manos. Al recibir el golpe lanzó un grito fuerte, como ¡ay! que fué sofocado en la sangre: levantó las rodillas por encima del tajo para ponerse en pie y volvió á caer en el mismo sitio en el que se hallaba. No habiéndose separado enteramente la cabeza del cuerpo por este golpe, el verdugo pasó á su derecha y cogiéndole por los cabellos con la mano derecha, con la izquierda le aserró una parte de la traquearteria, y la piel del cuello que no se habia cortado: después arrojó la cabeza sobre el cadalso, y desde allí saltó á tierra y se notó que dió algunas vueltas y palpité bastante largo tiempo. Tenia el rostro vuelto hácia las religiosas de San Pedro y los ojos abiertos.

«Permaneci6 su cuerpo derecho como el tajo que tenia siempre abrazado hasta que el ejecutor le sacó de allí para desnudarle, como lo hizo. Después lo cubrieron con una sábana y echaron su capa encima. La cabeza la volvieron á subir al cadalso y la echaron cerca, bajo la misma sábana.

«Habiendo muerto Cinq-Mars, levantaron la cortinilla de la portezuela del coche por la que sacó el señor de Thou su rostro risueño, y habiendo saludado cortesmente á los que se hallaban cerca subió con paso apresurado al cadalso llevando su capa doblada debajo del brazo derecho, y arrojándola alegremente al suelo corrió con los brazos abiertos hácia su verdugo á quien abrazó y besó diciendo:

—«Hermano mio, mi querido amigo, ¡cuánto te amo! Debo abrazarte, porque vas á cau-

sarme hoy mi felicidad eterna; tu debes ponerme en estado de ir al Paraíso.

«Después volviéndose hácia la parte delantera del cadalso descubrió su cabeza y saludó á todo el mundo y arrojó detrás de él su sombrero que vino á caer á los pies de Cinq-Mars. Luego volviéndose hácia su confesor le dijo con grande ardor:

—«Padre mio, *spectaculum facti sumus mundo, et angelis, et hominibus.*

«Habiéndole dicho el Padre algunas palabras de devocion, que escuchó atentamente, le dijo que si tenia alguna cosa que decirle relativa á su conciencia. Se puso de rodillas, se reconcilió con él y recibió la última absolucion inclinándose muchísimo. Recibida la absolucion se quitó su ropilla, se puso de rodillas, y comenzó el salmo 115, que recitó de memoria, y parafraseó en francés, casi todo con voz bastante alta, con vigor é indecible fervor unido á una santa alegría.

—«Es verdad que deseo mucho esta muerte, decia: ¿habrá mal en esto, padre mio? dijo bajando la voz, sonriéndose y volviéndose hácia su confesor. ¿Habrá vanidad en esto? Yo no quisiera tenerla.

«Todo esto iba acompañado de una accion tan viva, tan alegre, tan fuerte, que muchos de los que se hallaban distantes pensaban que era impaciencia é incomodidad contra los que le habian condenado á muerte.

«Después de aquel salmo estando todavía de rodillas, volvió su vista á la derecha, y viendo un hombre que habia abrazado en el palacio porque le encontró con un portero del consejo, le conoció y saludó con la cabeza y le dijo alegremente:

—«Caballero, soy muy vuestro servidor.

Se levantó, y habiéndose acercado el verdugo á él para cortar los cabellos, el Padre le quitó las tijeras para dárselas á su lego, lo que visto por Thou se las quitó de las manos, diciéndole:

—«Padre mio, ¿creeis que yo le tema? ¿No habeis visto que le he abrazado? Yo beso á este hombre como le he besado. Toma, amigo, haz tu deber: córtame los cabellos.

«Lo que comenzó á hacer: pero como era un hombre torpe y pesado, el Padre le quitó las tijeras é hizo cortar los cabellos por su lego, durante lo cual miraba Thou con rostro sereno á los que se hallaban inmediatos, levantando algunas veces amorosamente los ojos al cielo, y pronunciando esta hermosa sentencia de San Pablo:

Non contemptibus nobis quæ videntur sed quæ non videntur: quæ enim videntur, temporalia: quæ autem non videntur, æterna.

«Cortados sus cabellos se puso de rodillas sobre el tajo haciendo á Dios la oferta de sí mismo con palabras y sentimientos que yo no puedo espresar: rogó á todos que rezasen un Padre nuestro y una Ave Maria con palabras

que traspasaban el corazón. Besó el crucifijo con grandes sentimientos de amor y pidió las medallas para ganar las indulgencias, y después dijo:

—«Padre mío, ¿no me quieren vendar los ojos?»

«Y como el padre le dijese que eso dependía de su gusto:

—«Si, Padre mío, dijo: es preciso que me los vendan.

«Y mirando á los que se hallaban mas próximos, dijo:

—«Señores, lo confieso, soy un cobarde, temo morir. Cuando pienso en la muerte, tiemblo, me estremezco, se horroriza mi pecho; y si veis algun poco de constancia, atribuido á Nuestro Señor que hace un milagro para salvarme: porque forzosamente para morir bien en el estado en que estoy es preciso resolución; yo la tengo por Dios, que generosamente me fortifica.

«Después se metió las manos en los bolsillos para buscar su pañuelo y vendarle los ojos, y habiéndolo medio sacado lo apretó y rogó con mucha gracia á los que se hallaban debajo que le prestasen un pañuelo.

«Inmediatamente volaron por los aires dos ó tres. Cogió uno, saludó con mucha cortesía á los que los habían echado prometiéndoles rogar por ellos á Dios en el cielo, no estando en su poder hacerles otro servicio en el mundo.

«El verdugo vino para vendarle con este pañuelo, y como le hacia mucho mal poniendo dos nudos al pañuelo, él mismo se lo arregló mejor. Después colocó su cuello sobre el tajo que el lego jesuita había cubierto con su pañuelo, porque estaba todo manchado de sangre.

«Preguntó al lego si estaba bien, y le dijo que era preciso que alargase un poco mas su cabeza hácia adelante, como lo hizo.

«Al mismo tiempo vió el verdugo que el cuello de la camisa no estaba quitado y que le oprimía la garganta, se adelantó para cortárselo, lo que habiendo sentido, preguntó:

—«¿Qué hay? ¿es preciso quitarse el cuello de la camisa?»

«Y se dispuso para quitárselo. Se lo quitaron pero fué preciso quitar mas tela.

«Habiendo colocado su cabeza sobre el tajo pronunció estas últimas palabras:

«*Mater gratia, mater misericordia, tu nos ab hoste proteget hora mortis suscipe* y después, *in manus tuas, Domine.*

«Entonces empezaron á temblar convulsivamente sus brazos aguardando el golpe, que le fué dado en lo alto del cuello demasiado cerca de la cabeza; de cuyo golpe no habiéndole partido enteramente el cuello cayó el cuerpo al lado izquierdo del tajo, el rostro vuelto hácia el cielo, meneando las piernas y levantando débilmente las manos. El verdugo quiso volverle para acabarle por donde había

comenzado; pero asustado de la gritería que se alzó contra él de enmedio del pueblo, le dió tres ó cuatro puñaladas en la garganta y le cortó la cabeza que permaneció sobre el cadalso.

«Habiéndole desnudado el verdugo, llevó su cuerpo cubierto con una sábana al coche que lo había traído: después colocó también en él á Cinq-Mars y sus cabezas que tenían todavía los ojos abiertos, particularmente la del señor de Thou que parecía hallarse viva. Desde allí fueron llevados á los Feuillantes en donde el señor de Cinq-Mars fué enterrado delante del altar mayor. El señor de Thou ha sido embalsamado y conducido en una caja de plomo para ser transportado al sepulcro de su familia.»

«Tal fué el fin de aquellas dos personas que regularmente debían dejar á la posteridad otra memoria que su muerte. Dejó á cada cual el formar el juicio que quiera; yo me contento con decir lo que ha pasado para lección grande de la inconstancia y veleidad de la fortuna.»

Yo no sé si es posible hallar, por mucha imaginación que se tenga, cosa mas interesante que esta relación en la que la verdad constituye todo el mérito. La imaginación es una diosa; empero la verdad es una santa.

LION MODERNA.

Si se quiere tomar una idea un poco honrosa de Lion es preciso llegar á él por el Saona; entonces, su aspecto triste, sucio y monótono visto desde los otros caminos, se presenta con un poco de grandiosidad y muy pintoresco.

Desde luego se presenta la isla Bárbara, hermosa fábrica que parece salir al encuentro del viajero para hacerle los honores de la ciudad. Si se quiere bajar, allí se encontrarán algunas ruinas antiguas, un pozo que la tradición dice abierto por Cárlo-Magno, y los restos de una iglesia del siglo XII: después, continuando andando, se pasa al pie de la roca de Piedra-Scisa, que Agripa hizo cortar cuando construyó sus cuatro vías militares, de las que una se dirigía por la parte del Vivarés y las Cevennas, hácia los Pirineos, la otra hácia el Rhin, la tercera al Océano breton, y la cuarta á la Galia Narbonense. Un castillo fortificado, que servía de prisión de Estado, se alzaba en otro tiempo sobre su cima. Nosotros hemos visto ya salir de esta sombría soledad, para ir á hacer su peregrinación de muerte á la plaza de Ter-

reaux, á los señores de Thou y de Cinq-Mars.

A trescientos pasos de Piedra-Scisa se halla otra roca coronada no de una prisión de Estado sino de un hombre sin cabeza que tiene una bolsa en la mano.

Esta estátua es la de un valiente alemán, que consagraba una parte de sus rentas en casar á las doncellas de su cuartel. No sé si fué el agradecimiento de las mugeres ó la devoción de las doncellas la que le alzó este monumento; pero de seguro fué el rencor de un marido el que le puso en el deplorable estado en que se halla hace mas de diez años.

Cuando se ha pasado de la roca del hombre sin cabeza, se divisa á Lion en toda su longitud. Si se continúa siguiendo el río, se pasará por delante de la abside de la iglesia de San Juan, que es, creo, el único monumento que se encuentra sobre el camino: después se llegará al puente de la Mulatera, que marca la unión del Ródano y del Saona. A la estremidad de este puente comienza el camino de hierro que va á San Estéban: el primer obstáculo que ha habido que vencer para establecerlo, es una roca que fué preciso horadar por trecho de doscientos pasos casi, y que forma una bóveda que es peligroso entrar en ella, como lo prueba esta inscripción que la previsión paternal del maire de Lion ha hecho colocar en uno de sus costados:

Está prohibido pasar por debajo de esta bóveda bajo pena de ser aplastado.

Esta recomendación por concisa que parece, desde luego no ha sido suficiente porque se han visto obligados á poner otra mas severa concebida en estos términos y que se halla al frente de la otra:

Está prohibido pasar por debajo de esta bóveda bajo pena de multa.

Si después de haber formado, gracias á estas dos inscripciones, una idea sumaria de los habitantes, se quiere formar una real de la ciudad se seguirá el camino de los Estrechos, donde Rousseau pasó una noche tan deliciosa y Mouton Duvernet un día tan terrible, y se hallará á Nuestra Señora de Fourvières, virgen de gran nombradía y tan milagrosa como una madona romana. Desde allí se verá estenderse en primer término un conjunto de casas que hacen mas grises y sucias todavía los argenteados reflejos de los ríos que la rodean: en segundo término llanos verdes y paisajes variados con algunos cerros: en fin, en tercer término la inmensa cadena de los Alpes cuyos nevados picos se confunden con las nubes.

A algunos pasos de la iglesia puede encontrarse en la casa del abate Caille, desde cuyo terrado el papa Pio VII, durante su forzado

viage á Francia, dió su bendición á la ciudad humildemente postrada á sus pies. Además de este recuerdo religioso que suscita aquel terrado, desde su balaustrada se descubre á Lion en toda su mas grande estension.

Aunque la ciudad que se presenta á la vista sea, como hemos dicho, la patria de Filiberto Delorme, de Couston, de Coisevox, de Luisa Labbé, de Dugast-Montbel y Ballanche: aunque tenga una academia hija bien educada, decia Voltaire, que jamás ha hecho hablar de ella: aunque se glorifique con una escuela de pintura que nos ha dado á Dubost y á Bourbon, su genio es enteramente mercantil.

Punto de reunion de catorce grandes caminos y de dos ríos que traen las mercancías y los productos, la divinidad de la ciudad es el comercio: no aquel comercio de los puertos de mar realizado mas con los peligros de una lejana navegación donde el negociante es el capitán y los obreros los marineros: no el comercio poético de Tiro, de Venecia y de Marsella, á quien el sol de Oriente corona como una aureola, á quien las estrellas del Mediodía ciñen una diadema, las nieblas de Occidente un velo y los hielos del Norte un cinturón: sino el comercio estacionario, tranquilo, que se sienta detrás de un mostrador y se pone de codos sobre una mesa: que enervado por la falta de aire y embrutecido por la ausencia del horizonte roba al día diez horas de trabajo y no da en cambio al hombre mas que la mitad del pan que solicita. Si, seguramente Lion es una ciudad animada y viviente; pero animada y viviente como un instrumento mecánico, y el tic tac de los telares es el solo latido de su corazón.

Así, cuando los latidos de este corazón se detienen faltos de trabajo, la ciudad no es mas que un cuerpo paralizado al que no se puede dar movimiento sino por la moxa de los pedidos ministeriales ó el galvanismo de los suministros reales: entonces treinta mil telares se detienen, sesenta mil individuos se quedan sin pan, y el hambre, madre de la rebelión, comienza á aullar en las calles tortuosas de la segunda capital de la Francia.

Cuando pasamos por Lion se hallaba en una de esas sangrientas crisis: sus calles se hallaban todavía destrozadas, sus casas viniéndose abajo, su empedrado ensangrentado: era la segunda vez después de tres años, que se repetía aquella terrible lucha de que algun día, el menos pensado, nos despertará aun. Es que hay desgraciadamente revoluciones comerciales, como hay motines políticos: en política los hombres se envejecen, los espíritus se calman, las constituciones se concluyen: en comercio las necesidades son siempre las mismas que se renuevan todos los días; porque no se trata de hacer triunfar utopías sociales sino de satisfacer necesidades físicas. Se aguarda después de una ley, se muerre á falta de un pedazo de pan.